

CUATRO PREGUNTAS DE JESÚS EN EL EVANGELIO DE SAN LUCAS: UN ENFOQUE DISCURSIVO

María Natalia Castillo Fadić¹

En este trabajo se analiza, desde un punto de vista lingüístico-discursivo, una secuencia de cuatro enunciados interrogativos directos emitidos por Jesús, según el Evangelio de San Lucas. A partir de los modelos de Rabanales (1996) y Escandell (1999), se propone que ninguna de las preguntas formales de Cristo es una pregunta real en términos pragmáticos, por lo que se busca determinar la función de los enunciados interrogativos al interior del texto. Se plantea, además, una relación semántica, discursiva y pragmática entre las cuatro interrogaciones señaladas, en términos de que todas se centran en el ser y pueden eventualmente dar cuenta de un modo de evangelización basado en el reconocimiento de la identidad del sujeto al que se revelará la Buena Nueva, terreno en el que se sembrará la semilla de la Palabra (cf. Mt 13,3-9).

1. INTRODUCCIÓN

En el marco de la evangelización de la cultura, nos ha parecido de interés volver a las Sagradas Escrituras desde la lingüística y, más específicamente, desde el análisis del discurso². Por ello, hemos emprendido una investigación sobre las preguntas de Jesús en los evangelios canónicos³, comenzando por el de San Lucas, más cercano a nuestra realidad por cuanto dirige su discurso a los cristianos de origen no judío.

En el entendido de que lo que tradicionalmente llamamos *pregunta* –un enunciado interrogativo directo, caracterizado por su entonación ascendente de tipo anticadencia y por escribirse entre signos de interrogación– no corresponde necesariamente a una pregunta en

¹ Dra. (c) en Filología Hispánica (UVA), Mag. en Letras, mención Lingüística (PUC) y Mag. en Lexicografía Hispánica (RAE). Prof. PUC, Fac. de Letras, Depto. de Cs. del Lenguaje. Correo electrónico: mcastilf@uc.cl.

² “Hablar de discurso es, ante todo, hablar de una práctica social, de una forma de acción entre las personas que se articula a partir del uso lingüístico contextualizado, ya sea oral o escrito. El discurso es parte de la vida social y a la vez un instrumento que crea la vida social” (Calsamiglia y Tusón, 2004: 15).

³ Nuestro corpus de base ha sido extraído de la *Nueva Biblia de Jerusalén* revisada y aumentada (1998). Hemos preferido esta traducción a otras, por ser reconocidamente más literal y buscar expresamente la fidelidad al texto original. Aun así, cuando la estructura de las preguntas nos ha merecido alguna duda, hemos contrastado con la versión en griego.

términos pragmáticos, buscamos delimitar este concepto. Si para Rabanales (1996) es posible distinguir entre las *preguntas indagativas* o reales (que requieren información) y las *no indagativas* o pseudopreguntas (que se formulan con algún otro propósito), Escandell (1999), precisa que toda pregunta es formalmente un enunciado interrogativo, pero sólo algunos enunciados interrogativos son preguntas desde el punto de vista pragmático o discursivo. En este marco, nuestra primera tarea fue discernir, a partir del total de enunciados interrogativos directos generados por Jesús según el Evangelio de san Lucas, cuántos corresponden realmente a preguntas y cuántos cumplen otro tipo de función. Así, seleccionamos y analizamos los noventa enunciados interrogativos directos formulados por Cristo en este Evangelio y procedimos a su clasificación, basándonos en el modelo propuesto por Escandell (1999). Ahora bien, como dicha categorización involucra aspectos pragmáticos, discursivos y de semántica textual, descubrimos que resultaba imposible aplicar clasificación alguna sin proceder primero a la determinación no sólo del significado de cada interrogación, sino también de su sentido. En otras palabras, la exégesis fue indispensable para determinar el valor de cada pregunta, con lo que nuestro trabajo pasó a trascender sus propósitos originales.

En este camino, nos resultó especialmente llamativa una secuencia de cuatro interrogaciones (26, 27, 28 y 29) que, sin una mirada exclusiva a este tipo de enunciado, habría pasado desapercibida. Estas son:

1. «**¿Cuál es tu nombre?**» (Lc 8, 30), dirigida al endemoniado de Gerasa;
2. «**¿Quién me ha tocado?**» (Lc 8, 45), formulada cuando la hemorroísa toca su manto con disimulo, oculta entre la multitud;
3. «**¿Quién dice la gente que soy yo?**» (Lc 9, 18), planteada a los discípulos después de orar, mientras se encuentra a solas con ellos;

4. «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?» (Lc 9, 20), formulada a los discípulos luego de que éstos responden a su anterior consulta.

Sobre estos cuatro enunciados y sus relaciones estará basada esta presentación.

2. EL ENUNCIADO INTERROGATIVO

Escandell (1999) considera que las estructuras interrogativas pueden ser *neutras* u *orientadas*. Las primeras pueden funcionar como *preguntas*, *peticiones* u *ofrecimientos*. Para efectos de este trabajo, consideramos *preguntas* a aquellas que piden al receptor una respuesta verbal; *peticiones*, a las que solicitan respuesta no verbal para beneficio del emisor, del receptor, de un tercero o de ambos; y *ofrecimientos* a las interrogativas que ofrecen al receptor acciones no verbales, para su beneficio exclusivo.

Las *interrogativas orientadas o marcadas*, en tanto, pueden incluir diversas marcas formales⁴ que, junto con aspectos pragmáticos, establecen restricciones interpretativas. Estas interrogativas pueden ser *atribuidas* o *retóricas* y cada una de ellas presenta sub-tipos. Dentro de las primeras, encontramos las *anticipativas*, en las que el emisor manifiesta su suposición de lo que su interlocutor podría decir y le atribuye un discurso determinado. Las retóricas, por su parte se caracterizan por el hecho de que su contenido textual es inverso al proposicional.

Dentro de las preguntas, la autora reconoce cuatro tipos, de acuerdo con la combinación de dos parámetros: existencia o no de una solicitud de respuesta informativa, y conocimiento o desconocimiento de dicha respuesta por parte del emisor. Así, las preguntas son a) *reales*, si solicitan información desconocida para el emisor; b) *de examen*,

⁴ En el caso de los conectores y marcadores discursivos, “Su finalidad discursiva se centra fundamentalmente en proporcionar cohesión y estructura, y en servir de guía o instrucción para la interpretación del sentido” (Calsamiglia y Tusón, 2004: 246).

cuando piden información conocida para el emisor; c) *problemáticas*, si no requieren verdaderamente información, pues se subentiende que no existe una respuesta o que nadie la conoce; y d) *deliberativas*, cuando el emisor las dirige a sí mismo, con el ánimo de resolver un problema cuya solución desconoce; estas últimas no piden respuesta instructiva y ésta es desconocida para el emisor-receptor.

3. JESUCRISTO: HIJO DE DIOS

Revisada la tipología de Escandell, nos encontramos con la dificultad de aplicar categorías humanas (conocimiento / desconocimiento de incógnitas) a un emisor que lo sabe todo⁵. El reconocimiento de la omnisciencia de Jesucristo⁶ nos lleva a descartar de plano que algunas de sus preguntas puedan ser calificadas como *reales*: Jesús no puede preguntar por lo que no sabe, puesto que conoce de antemano las respuestas. Y si conoce las respuestas, ¿qué sentido tiene pedir información? Esto nos lleva a suponer que, en términos de Rabanales, debieran primar las preguntas no-indagativas. Las indagativas debieran restringirse a las de examen.

Una segunda dificultad en el análisis radica en que, en los intercambios comunicativos tradicionales, las preguntas se dirigen a uno o más receptores presentes,

⁵ “Si alguno afirma que el único Cristo, verdadero Hijo de Dios y verdadero hijo de hombre ignoraba el futuro o el día del juicio final y que únicamente sabía aquello que le revelaba la divinidad que moraba en él como en cualquier otro, sea anatema”. (*Constitutum* del Papa Vigilio, 14 de mayo de 553. Texto en *CSEL (Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum)*, 35a,295-296: canon 4. Citado en Collantes 1995: 219).

⁶ El tema de la omnisciencia de Cristo exige un análisis teológico mayor que no es del caso desarrollar aquí. Aunque Padre, Hijo y Espíritu Santo son uno en la Trinidad, cada uno tiene distintas funciones en la historia de la salvación. Así, como el Padre es el Creador del mundo, sólo Él conoce su fin. Este hecho no va en desmedro de la omnisciencia del Hijo: lo que Él no sabe –el momento de la parusía, segunda venida de Cristo en majestad, para el Juicio Final– no es por ignorancia, o porque fue hecho hombre, sino porque no le corresponde saberlo y tampoco le correspondía como Hijo de Dios antes de la encarnación; no es porque su conocimiento sea limitado, sino porque sólo el Padre tiene autoridad, como creador del mundo, para decretar cuándo tendrá lugar la consumación de la historia. (Cf. Hch 1,6-7; Mt 24,36; y Mc 13,32).

mientras que para los cristianos, la palabra de Dios (y por ende, la de su Hijo, también Dios) está dirigida a todos, de modo que las preguntas del Evangelio no sólo interpelan a los receptores inmediatos que aparecen en las Sagradas Escrituras, sino también a cada uno de los lectores presentes, pasados y futuros: nos encontramos ante un emisor que plantea sus preguntas a un universo inconmensurable de receptores, mediatos desde la perspectiva humana, pero inmediatos para un Dios omnipresente, para quien el tiempo no es un *cronos* lineal, sino el divino tiempo, *kairós*, el de las simultaneidades.

Por otra parte, si todo acto comunicativo supone una voluntad de comunicar, desde la tradición platónica en adelante, ¿qué quiere comunicar Jesús a través de sus preguntas? Si no busca obtener información, ¿con qué propósito interroga? Y más aún, ¿qué busca transmitir por medio de los enunciados interrogativos que emplea, cuando éstos a todas luces tienen propósitos diferentes de la solicitud de información para despejar incógnitas?

4. LA SALVACIÓN POR LA PALABRA

4.1 «¿Cuál es tu nombre?» (Lc 8,30). La primera interrogación de nuestra serie es formulada al endemoniado de Gerasa (cf. Lc 8,26-36). Aunque pareciera tratarse de una pregunta real, sabemos que por la omnisciencia de Cristo no puede serlo. No obstante, sí se trata en cierto modo de una pregunta indagativa, por más que Jesús ya conozca su respuesta, por lo que tiene características de la pregunta de examen, sin serlo. ¿Y cuál es su sentido? Al igual que en tantas otras ocasiones en la vida de Cristo (por ejemplo, ante el ciego, o el paralítico), simplemente que quien necesita ser sanado reconozca su problema y lo verbalice ante Dios, primer paso para obtener la sanación. En esta sola pregunta, el Señor manifiesta todo su respeto por la libertad e individualidad del ser humano, relacionándose con éste no desde la asimetría, sino desde la valoración del prójimo. Si el léxico es la

dimensión del lenguaje más cercana a la experiencia y a la cosmovisión, el nombre de cada individuo es lo que le recuerda que es persona: no en vano, el ser humano es el denominador (Gn 2,19-23), a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27). Para los semitas, según se aprecia en las Sagradas Escrituras, el nombre manifiesta las propiedades del que lo lleva y puede, incluso, equivaler a la persona misma⁷, al punto de que un cambio radical de estado suele expresarse por medio de un cambio de nombre, el que es a su vez signo de dominación⁸ y reconocimiento de la realidad de las cosas⁹, o de una nueva misión encargada por el Señor¹⁰. Quien tiene poder para cambiar el nombre de otro, demuestra su dominio sobre él. La dominación por el nombre puede afectar también a los animales (Gn 2,19-20) o a las cosas (2 Re 14,7).¹¹

De ahí la importancia de conocer los nombres, para conocer los referentes (cf. Ex 3,13-15; 34,5) y de respetarlos como expresión de respeto a su portador (cf., por ejemplo, Ex 20,7; Lv 19,12; 22,32; 24,15-16; Sal 8,2; 29,2). Preguntar por el nombre es preguntar por la esencia, por aquello que hace al ser humano único e irrepetible. Y es el mejor modo de enfrentar con su situación a un hombre que ha abandonado su libertad de individuo para dejarse guiar por las voces múltiples y engañosas del demonio. El endemoniado dice llamarse *Legión*; asume, así, que ha perdido su nombre, su identidad, su individualidad. Por lo mismo, no hay pregunta más pertinente que la de Cristo: “¿Cuál es tu nombre?” equivale

⁷ Cf., por ejemplo, los casos de Eva (Gn 3,20) y Noé (Gn 5,29).

⁸ Por ejemplo, cuando el faraón designa rey a Eliaquín, muda su nombre por el de Joaquín (2 Re 23,34); y cuando el rey de Babilonia designa rey a Mattanías, trueca su nombre por el de Sedecías (2 Re 24,17).

⁹ Por ejemplo, Gn 2,18-20.

¹⁰ Así, por ejemplo, Yahvé modifica los respectivos nombres a Abram y Sarai, al bendecirlos con su tardía paternidad, por los de Abraham y Sara (Gn 17,5.15-16); Cristo cambia el nombre de Simón por el de Pedro, cuando lo hace cabeza de la Iglesia (Mt 16,17-19); Saulo, para su tarea misionera, cambia su nombre por Pablo (Hch 13,9).

¹¹ Riva (1990: s.v. *símbolo*).

a decir “¿quién eres?”. Y dado que Jesús ofrece su sanación a quienes reconocen su problema, su supuesta pregunta encierra un ofrecimiento: el de la libertad.

4.2 «¿Quién me ha tocado? (Lc 8,45). El siguiente enunciado interrogativo es, formulado en el contexto de la curación de la hemorroísa (cf. Lc 8,43-48). Esta aparente pregunta real es muy similar a la anterior y su presencia en este punto del Evangelio no es casualidad. Si en el caso previo el Señor iba al encuentro del poseído, aquel privado de voluntad, y le ofrecía la liberación preguntando su nombre, aquí Cristo interroga a quien, estando impuro, lo ha buscado (“Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme” –se responde en misa emulando al centurión cuyo criado estaba enfermo– (cf. Mt 8,5-17)). La hemorroísa padece flujo menstrual prolongado y, como la sangre es impura para el judío –más aún cuando procede de la menstruación–, ella es considerada impura, por lo que se estima que no debe tocar a nadie (Lv 15,25-27). Pero Cristo ha venido a salvar justamente a los marginados, a quienes no son considerados dignos –de hecho, nadie lo es, todo es gracia–. La hemorroísa representa a todos quienes, desde su particular circunstancia y estado, buscan activamente al Señor. Y Él cura a los que tienen fe, a quienes verbalizan su problema. En este enunciado, el sujeto está representado por el pronombre interrogativo “quién”, que se llena de contenido sólo al hacer referencia a alguien. En tanto no conozcamos al referente, el pronombre deíctico está vacío: su carga semántica se completa con la respuesta de la mujer que, viéndose descubierta, vence los miedos y se arroja a los pies del Señor, dando testimonio de su enfermedad y su sanación frente a todos.

El enunciado interrogativo de Jesús solicita explicitación y reconocimiento público de la fe a quienes lo buscan activamente, pero en silencio. Encierra también un ofrecimiento: el de la sanación.

4.3 «**¿Quién dice la gente que soy yo? (28)**» (Lc 9,18) y 4.4 «**Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? (29)**» (Lc 9,20). Estas dos interrogativas presentadas por Cristo a sus discípulos, estando a solas con ellos, serán revisadas en conjunto (cf. Lc 9,18-21). Nuevamente, su ubicación en el texto no es accidental. Primero, Cristo busca a las personas, se acerca y pregunta su nombre (4.1). Luego, redonda inquiriendo quiénes son –recordemos la identidad nombre/individuo– (4.2). Ahora, hace reflexionar acerca de quién dicen los otros que es Él (4.3). Finalmente, formula la pregunta crucial: quién dicen los que lo conocen, que es Él (4.4). De este modo, va de lo externo a lo interno: comienza por plantear sus cuestionamientos a quienes lo rechazan («¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te suplico que no me atormentes.» (Lc 8,28)); continúa por los que lo buscan activamente, pero en secreto (la hemorroísa se acerca a Cristo por detrás, toca su manto con disimulo (Lc 8,44) y sólo verbaliza su fe al verse descubierta (Lc 8,47)); prosigue con quienes lo conocen –pide a los discípulos repetir lo que han escuchado sobre quién es Él–; sólo al final, como última parte del camino, pide su parecer a quienes lo siguen activamente y lo aman: quién dicen ellos que es Él.

Las preguntas 4.3 y 4.4 están íntimamente ligadas. La primera, prepara el camino para la segunda. El hecho de que Jesús, en lugar de inquirir simplemente quién es Él en un enunciado único, separe su pregunta en dos enunciados diferentes obliga a los destinatarios a distinguir de modo consciente quién es Jesús para ellos y quién es para los otros. Mientras los otros identifican a Jesús con personajes del Antiguo Testamento, los apóstoles lo reconocen como el Mesías, porque tienen el don de la fe (Mt 16,17).

Ambas preguntas son no indagativas y no calzan de modo exacto con ninguna de las categorías de Escandell. La primera podría corresponder parcialmente a una interrogativa orientada, atribuida y anticipativa: la misma estructuración del discurso anticipa la

respuesta de los apóstoles. La segunda se asemeja en cierto grado a las preguntas de examen, lo que se confirma en Mt 16,17-18, cuando Cristo valida la respuesta de Pedro y, por su fe, lo hace cabeza de la Iglesia. No obstante, esta interrogativa no busca sólo examinar a los receptores inmediatos, sino también enseñar a los receptores mediatos, a través de la respuesta de los apóstoles. Ambas interrogativas forman parte del llamado de Cristo a conocerlo no sólo desde la razón, sino primordialmente desde la fe (Mt 16,17). Las dos encierran en sí un ofrecimiento: el de la vida eterna (Jn 3,16; 11,25-27; Mc 16,16).

5. CONCLUSIÓN

Como hemos visto, si todo acto de habla supone una alteridad y puede generar algún tipo de reacción por parte de otros, la pregunta es por excelencia el recurso generador de discurso (Serra y Castillo, 2006). La importancia de revisar, entonces, las preguntas de Jesús, radica en que es precisamente por medio de ellas que el Señor apela a la respuesta de sus discípulos y demás interlocutores y, a través de éstos, a cada uno de nosotros. Sus preguntas, entonces, no son meros recursos para obtener información, sino que le permiten hilar y sostener su discurso¹², invitándonos a todos a elaborar lingüísticamente las representaciones mentales que sus requerimientos evocan. No en vano, Cristo es el Verbo, expresión de un contenido que es Dios (cf. Jn 1), y no en vano este Verbo se encarna y se traduce en acción. Si este trabajo pretende entregar algunas respuestas, espera sobre todo suscitar interrogantes en cada uno de sus receptores, todos ellos invitados a responder desde su individualidad y realidad a las preguntas (ofrecimientos) de Cristo.

¹² “[...] a (piece of) discourse is a stretch of concrete, situated and connected verbal, esp. spoken, actions”. (Linell, 1998: 6).

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Austin, J. L. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona: Paidós
- Calsamiglia, H. y A. Tusón. (2004) *Las cosas del decir. Manual de análisis del discurso*.
Barcelona: Ariel.
- Charadeau, P y D. Maingueneau. (2005). *Diccionario de Análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Collantes, J. (1995). *La fe de la Iglesia católica. Las ideas y los hombres en los documentos del Magisterio*. (4ª ed.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Escandell Vidal, María Victoria. (1999). “Los enunciados interrogativos. Aspectos semánticos y pragmáticos”. En Ignacio Bosque y Violeta de Monte (Eds.), *Gramática descriptiva de la lengua española*. (Vol. III, Cap. 61). Madrid: Real Academia Española (Colección Nebrija y Bello) / Espasa: 3929-3991.
- Linell, Per. (1998) *Aproaching dialogue. Talk, interactions and contexts in dialogical perspectives*. Amsterdam: John Benjamins.
- Rabanales, Ambrosio. (1996). “Estructura gramatical del enunciado interrogativo español”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*: 237-267.
- Riva, Raimondo. (1990). “Símbolo”. En Rossano, P. et alii (Dirs.). *Nuevo diccionario de teología bíblica*. Madrid: Paulinas.
- Serra Sepúlveda, Susana y M. Natalia Castillo Fadić. (2006). “La pregunta como recurso ‘creador’ y ‘estructurador’ de discurso, en *Actas Cuarto Encuentro Nacional de Estudios del Discurso “voces para el discurso del mañana”*. Santiago de Chile: ALED.